

Mecanismos de la posverdad

CAROLINA MARTÍNEZ GUTIÉRREZ*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Fowks, Jacqueline. *Mecanismos de la posverdad*. Lima: FCE y Cisepa, 2018. 186 páginas.

En la era de Internet y del desarrollo de la comunicación digital en redes sociales, advertimos el auge de las fábricas de realidad en las sociedades contemporáneas, sostenidas por el vínculo entre las esferas de poder, los medios de comunicación y el periodismo. De este modo, en la fabricación del consenso se inscriben los esfuerzos discursivos de los poderes del Estado por reforzar en la opinión pública y, a través de los medios, la estabilidad de sus planes de gobierno; allí donde la imposibilidad de gobernar se hace manifiesta en la fragilidad de las instituciones estatales, la torpeza de sus intervenciones y la ineficacia para solucionar los problemas de desigualdad social, violencia e ilegalidad: corrupción, apropiación forzosa de recursos, extractivismo. Mientras tanto, la apatía y la desconfianza invaden a los ciudadanos —consumidores y reproductores de la información circulante en los medios—, quienes en busca de certeza optan por creer en los llamados “hechos alternativos”, es decir, discursos distorsionadores de las realidades sociales, basados en prejuicios y emociones. Este es el panorama que, con pocas excepciones, se presenta en

América Latina; países en donde los poderes fácticos avanzan en el control del territorio con la complicidad de los gobiernos y la pasividad de los medios de comunicación, que, al formar parte de la esfera de poder, respaldan las agendas de los actores políticos dominantes.

En el vínculo entre lo mediático y lo político surge el fenómeno de la posverdad, término utilizado para el tratamiento contemporáneo del problema de la verdad, uno de aquellos asuntos fundamentales del pensamiento occidental heredados de la reflexión filosófica. Este deviene en posverdad al asumir el ropaje particular de las coyunturas sociales, económicas y políticas de la época, en donde la construcción de sentido basada en “hechos objetivos o comprobables” influye menos en la opinión pública que la evocación de emociones, creencias, prejuicios o anhelos personales. Así pues, la posverdad refiere, en términos generales, a las prácticas discursivas de manipulación de la opinión pública mediante la tergiversación de información, el reforzamiento de prejuicios y la producción de “falsas verdades” que implican fomentar y servirse de los afectos para la consecución de proyectos políticos. La posibilidad de inmediatez y accesibilidad que ofrece la comunicación digital, en particular, las redes sociales, configura el campo propicio para la aparición del fenómeno de posverdad.

Ahora bien, el uso del término ha suscitado múltiples controversias en el discurso académico, no solo por remitir al clásico problema filosófico de la verdad, sino también por

* e-mail: carmartinezgu@unal.edu.co

CÓMO CITAR: Martínez Gutiérrez, Carolina. “Mecanismos de la posverdad (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 20 (2020): 495-498, doi: 10.15446/djf.n20.90199.

introducir aquellos términos que se opondrían a ella: la mentira, el engaño, la falsedad; asuntos que pasan de igual forma por el campo de estudio de la ética y la moral. Advertimos en la época, tanto el rechazo del término por su carácter eufemístico y confuso, como su uso para evocar los artilugios del discurso que se disponen en las relaciones de poder de una sociedad y los efectos sobre el sujeto y el lazo social. Bajo este último tratamiento se desarrolla *Mecanismos de la posverdad*.

Jacqueline Fowks concibe este libro a partir de un riguroso ejercicio del periodismo investigativo, al estilo de un cuaderno de bitácora analítica, que le permite al lector apuntar y navegar por algunos casos paradigmáticos de posverdad en la política latinoamericana de los últimos 15 años. Hacen parte del análisis países como Perú, Colombia, Chile y México, en los que han sido notorias las prácticas de distorsión y manipulación de la información con fines políticos y sus efectos de precarización del lazo social, por lo demás, prácticas habituales y normalizadas. Fowks avanza en la documentación de los diferentes casos, apoyada en el concepto de posverdad en su condición de síntoma de la sociedad occidental, para abordar las estrategias y motivaciones de los promotores y usuarios de la posverdad, sus intereses, objetivos políticos y relaciones de poder. Sus extensas indagaciones tienen como punto de partida el trabajo periodístico que realiza en el campo de la comunicación política y el análisis crítico del discurso de los medios de comunicación masiva, sirviéndose de algunos planteamientos de la sociología, la ciencia política, la lingüística y la antropología. La autora examina con detalle la información publicada en forma de noticias, fotografías, videos y publicaciones en redes sociales como Facebook, YouTube y Twitter; material que, aunque es posible rastrear y recuperar en Internet, no escapa a las condiciones de inmediatez, fugacidad, parcialidad y unidireccionalidad, propias de los fenómenos de la posverdad.

Mediante el análisis de los cambios en la comunicación política que se relacionan con los procesos de producción, circulación y apropiación de las noticias, Fowks identifica

los dispositivos, fuentes de información —que determinan la pluralidad o sesgo de las noticias— y actores en tensión política —desde los poderes del Estado hasta el ciudadano común— que intervienen en los fenómenos de la posverdad. La autora abordó anteriormente estas cuestiones en el Perú de los años noventa con el fujimorismo y el vínculo conveniente entre los medios de comunicación y el gobierno de turno¹. Este primer acercamiento deriva en la pregunta por la ética del periodismo, interrogante que atraviesa las elaboraciones de la autora en el libro, quien se cuestiona si los medios de comunicación tienen la obligación de contribuir al restablecimiento de las democracias en América Latina, caracterizadas por la fragilidad y precarización social. Al respecto, Fowks busca llamar la atención al lector sobre la ética del periodismo y la necesidad de que este asuma una posición de alerta, más orientada a la verificación y menos al servicio de las fuerzas políticas dominantes, frente a los hechos que informa.

A partir de los casos estudiados, Fowks describe con acierto la forma en que los medios construyen el relato de los hechos bajo la sospecha de intencionalidad. 1) La selección de las fuentes de información y su verificación. 2) La jerarquización y tematización de los acontecimientos para concentrar la atención pública y movilizarla hacia la toma de decisiones. 3) Los elementos del discurso periodístico utilizados en la producción de las noticias —desde el enfoque de las cámaras hasta el uso del impersonal, el infinitivo, la voz pasiva, el condicional, el léxico militar, jurídico o policial; la generalización frente a la especificidad, la inclusión o no del contexto de la noticia, el uso de adjetivos o calificativos diferenciados, entre otros—, mecanismos que revelan el doble rol que cumplen las empresas de medios de comunicación en la construcción de realidades y su difusión masiva. Se tiene, por un lado, pasividad o complicidad en relación con la agenda política del poder

1. Jacqueline Fowks, *Chichapolitik. La prensa con Fujimori en las elecciones generales 2000 en el Perú* (Lima: Fundación Friedrich Ebert, SER, 2015).

instituido; por el otro, un rol activo al legitimar la exclusión o marginación de los discursos de grupos específicos.

A este doble rol, se suman los efectos de la comunicación digital no solo en la recepción y apropiación del contenido por parte de la audiencia, sino, y sobre todo, en el rol “activo” del consumidor que a la vez es productor y reproductor de contenido. Este hecho complejiza el problema de la verdad en nuestro tiempo, pues los medios de comunicación tradicionales ya no gozan del monopolio de la masificación de la información. Lo que tiene valor como verdad no se sustenta en la credibilidad o predominancia de quien la enuncia, sino en el consenso que pueda generar. Desde esta perspectiva, Fowks nos advierte que la posverdad no siempre surge de quien detenta el poder, es decir, de los poderes establecidos o fácticos. Esta no se inscribe en el arte argumentativo de los sofistas de la Antigüedad, ni en los libelos difamatorios del siglo XVIII o las distintas formas de propaganda desarrolladas por el nazismo en el siglo XX; tampoco se reduce a las prácticas tradicionales de manipulación y desinformación que subyacen a cada una de ellas.

Las estrategias enunciadas se ponen en juego bajo tres mecanismos que insisten en la producción de posverdades. Primero, el discurso que se entretije sobre el otro que protesta, denuncia o cuestiona la agenda política del Gobierno, como una puesta en escena motivada por la intención de promover el rechazo de la alteridad y desacreditación de su opinión. Así, se busca tratar de forma distante, producir percepciones y acentuar prejuicios sobre los otros —líderes sociales, campesinos, excombatientes de la guerrilla, indígenas, periodistas independientes, profesores y estudiantes de instituciones públicas— en su acepción de “enemigos internos”, enemigos de los “proyectos productivos para el desarrollo social y económico del país”; vale decir, el otro como “perro del hortelano” que “no deja trabajar al Gobierno”, calificativo peyorativo en el que insistió el expresidente del Perú, Alan García, y que desde el año 2007 tuvo eco en la lógica discursiva de los medios, líderes políticos y empresas minero-energéticas afines al Gobierno.

Bajo este panorama, Fowks presenta un segundo mecanismo, íntimamente relacionado con la representación del otro como enemigo. Se trata de acuñar y utilizar de forma recurrente ciertos términos y expresiones para relacionar a “los otros” con la delincuencia, la violencia y el salvajismo. En especial, la autora examina el uso indiscriminado del término “terrorista”, el cual exagera el supuesto carácter amenazante de los opositores al Gobierno, para que este justifique ante la opinión pública intervenciones militares bajo la promesa de seguridad urbana y pacificación de zonas de conflicto, valiéndose, por ejemplo, de ejecuciones y penas extrajudiciales en complicidad con grupos paramilitares, tal y como sucedió durante los dos periodos del gobierno (2002-2010) del expresidente colombiano Álvaro Uribe. Al respecto, Fowks también hace un análisis sobre los artilugios discursivos basados en el fomento del miedo, de los que se sirvió el líder político y su partido para promover, en el 2016, el rechazo a la firma de un acuerdo de paz y cese al fuego con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), contando con la financiación y complicidad de una influyente cadena de televisión y radio, y la principal embotelladora del país.

El tercer mecanismo descrito por Fowks hace énfasis en la fabricación de historias alternativas a los hechos comprobables a partir de la manipulación de información en los medios y redes sociales, para ocultar delitos en operaciones militares o para destruir la credibilidad de aquellas fuentes de información que evidencian las dificultades de los gobiernos. Así, las esferas de poder ocultan sus desaciertos y delitos en los operativos, valiéndose del protagonismo de figuras públicas y de su participación en “dulces historias”, lo cual asegura la cobertura y jerarquía que los medios dan a la noticia, con lo cual evaden su responsabilidad sobre los hechos en el plano mediático. Este mecanismo se sirve de un “dar a ver”, mediante estrategias discursivas como la espectacularidad, la verosimilitud y el sensacionalismo en los anuncios y desarrollo de las noticias con el fin de centrar la atención de la audiencia y desviarla de lo esencial.

Con todo, Fowks hace una advertencia sobre los tiempos que corren en América Latina y plantea cómo el auge de la posverdad en nuestra época no solo ocurre por las motivaciones económicas y políticas de ciertos grupos de poder que promueven mensajes determinados, sino que la sociedad en general participa de estas prácticas de la palabra, gracias a su desarrollo en el ciberespacio, “espacio global común” donde proliferan los discursos promotores de prejuicios y sus adeptos, sobre la base del desamparo y la desconfianza generalizada que ha suscitado la pérdida de valor de la palabra. En este punto, la autora propende por un ejercicio activo de contrastación y verificación constante de la información, para menguar los efectos de la posverdad y favorecer el bien común.

Mecanismos de la posverdad ofrece al lector latinoamericano un ejercicio de memoria en cada uno de los casos de posverdad que allí se documentan, convirtiéndose así en una invitación que suscita la pregunta por el problema de la verdad, su construcción en el ámbito político y sus efectos en el lazo social. Con ello, la autora no realiza propiamente una reflexión

académica del término posverdad, sino que lo cuestiona a lo largo de su ejercicio investigativo y periodístico a costa de servirse de él. Por demás, hace evidente el carácter eufemístico del término, describiendo con detalle los mecanismos que subyacen al fenómeno del que todos hacemos parte, no solo desde las posibilidades que brinda “la era de la conexión sin fin” sino también, y antes que nada, por nuestra condición de seres hablantes. El gran aporte del libro es situar el fenómeno de la posverdad como un asunto de lenguaje, reconociendo la brecha entre “la realidad objetiva” y aquello que se considera verdadero como un espacio de enunciación e interpretación. Así, quien se aproxime al libro no podrá evitar escuchar resonancias en relación con las palabras que se utilizan para nombrar un mismo hecho y a los actores involucrados. Esto es despertar, de algún modo, del adormecimiento que caracteriza al consumidor de información promedio, para posicionarse de manera más crítica con respecto a los discursos mediáticos que entretejen las noticias: lo dicho, lo no dicho, quién lo dijo y cómo se dijo.

